

cia, pues ese camino está lleno de precipicios y lugares casi imposibles de pasar en la estación de las aguas, y sobre todo para el Sr. Obispo que nunca había montado á caballo. Sin embargo, su Ilma. poniendo su confianza en la Divina Providencia, se resolvió valientemente á tomar este camino y consiguió que el Sr. Mora se resolviera á seguirle, quien no podía decidirse á emprender un camino tan penoso, prefiriendo esperarse á que el camino de Perote estuviese más limpio de guerrillas.

“El 30 de Agosto salimos en diligencia de Puebla hasta Orizava con el Ilmo. Sr. Suarez, acompañado de dos sacerdotes hermanos suyos D. Ignacio y D. Miguel, el Sr. Mora y nosotros cuatro. Durante este viage, un señor con su esposa, que iban en el mismo carruaje, criticaban atrevidamente este precipitado viage de su Ilma. que sin experiencia, iba á atravesar un camino tan peligroso. Apesar de estas recriminaciones, todos guardamos silencio; á cada rato decían:

“No sabemos como se atreve el Sr. Obispo á hacer su entrada á Jalapa, indudablemente tendrá que esperarse un mes en Orizava, para que termine la estación de las aguas ó hasta que se hayan corrido á las guerrillas que se han apode-

rado del camino del Perote.” No solo estos viajeros nos hacian estos reproches, sino tambien otras personas. “¡Qué Obispo tan imprudentel ¡Cómo se atreve á venir por Orizava! Desde aquí hasta Jalapa pasará por caminos donde se hará pedazos y será responsable de las piernas que se rompan. Hay que atravesar un río que es muy candaloso y donde ó esperarán que bajen las aguas para no perecer en los precipicios y desfiladeros ó irán hasta Veracruz para coger el camino carretero y retroceder á Jalapa, en este caso se encontrarán con las guerrillas de Heredia y de Murrieta y les darán un mal rato.” Esta disyuntiva tan poco alagüeña nos espantaba y comenzabamos á peder el animo, pero el Ilmo. Señor firme en la confianza divina, no cambiaba su enérgica resolución, Llegamos á Orizava á las 7 de la noche el mismo día 30, en medio de una continúa lluvia. Nos alojamos en casa del Sr. Bringas, donde los habitantes de esa ciudad habían recibido á Maximiliano.

“Un repique bastante lento y sordo anunció la llegada del Sr. Obispo, pocas personas fueron á encontrarle, pues estaban disgustados porque se hubiese fijado en Jalapa y no allí, la residen-



cia episcopal. [1] Al dia siguiente administró la confirmacion en la parroquia.

[1] Solo por este sentimiento puede explicarse tan frio recibimiento, de aquel que doce años antes habia colmado de bienes a los orizaveños, como queda dicho. El Sr. Suarez no tenia parte en esta preferencia, véanse estas comunicaciones:

“Disposicion del Sumo Pontífice Pio IX.—Ilmo. y Rmo. Sr.—Nuestro Santísimo Padre, por la carta que de tu Señoría Ilma. y Rma. recibió muy poco tiempo ha, vió con mucho gozo cuanto sea el empeño con que procuras que la ereccion del nuevo obispado de Veracruz, encargada á tí, se lleve á efecto. Por la mencionada carta, supo tambien Su Santidad las razones particulares que tiene ese gobierno, para desear que la nueva silla episcopal se fije en la ciudad de Jalapa. Casi al mismo tiempo el ministro mexicano residenté aquí, solicitó que se accediese á tales deseos.

Su Santidad, pues, sabiendo muy bien que se hizo mencion de la ciudad de Jalapa en el decreto consistorial expedido el dia 1.º de Junio de 1850, y confirmado por el de 3 de Noviembre de 1853, en el cual se dejó al ejecutor de la bula. “Quod ollim Propheta” la facultad de elegir segun su prudente arbitrio una de las ciudades, Orizava ó Jalapa; y moviendo además su ánimo las particulares razones, alegadas por tí y por el expresado ministro, obligan á preferir la última de

“El dia 1.º de Setiembre era el fijado para comenzar las fatigas de la cabalgadura y emprender ese famoso paso cuyos horrores tanto nos habian espantado: á las 6 de la mañana sali-

dichas ciudades, determinó se responda á tu Señoría por mi conducto, que *prescindiendo* de la ciudad de Orizava, puedas establecer la silla de la nueva Diócesis en la otra ciudad llamada vulgarmente “Jalapa.”

Despues de esto, solo me falta protestarte mi grande afecto y rogar al Dios Omnipotente te conceda toda clase de prosperidades.

De tu Señoría Ilma. y Rma. Roma, 16 de Junio de 1855.—Muy obediente servidor, *J. Cardenal Antonelli*.—Una rúbrica.—Al Sr. Clemente Munguia, Obispo de Michoacan.

Ministerio de justicia, negocios eclesiásticos é instruccion pública.—S. A. S. el general presidente en uso de las facultades con que se haya investido por la nacion, ha tenido á bien dar pase á este rescripto pontificio.—México, Agosto 4 de 1855.—*Lares*.”

Un impreso suelto, publicado en Jalapa, decia:

“Sí como no es de temerse, al verificarse la ereccion del obispado veracruzano, se fijára la silla episcopal en poblacion que no fuera central, como lo es la de Jalapa, resentirian un perjuicio considerable los habitantes de los cantones ó partidos de Coatepec, Jalapa, Jalacingo, Misantla, Papantla y Tuxpam, que tal vez for-



mos distribuidos en tres carruajes, dirigiéndonos á la garita de Escamela. Allí nos esperaban las bestias que nos conducirían por los temidos desfiladeros. A las 11 montamos á caballo, agregándosenos otros tres eclesiásticos mas, el subprefecto de Zongolica, que habiendo sabido la llegada del Ilmo. Sr. Suarez, le vino á encontrar á Orizava para suministrarle los medios de transporte. Su llegada habia calmado nuestros temores á este viaje, preparó una mula escogida para su Ilma. y se ofreció á acompañarnos. A las 12 bajamos la profunda barranca de Metlac. Con gran trabajo la pasamos y una suave llovizna [el chipichipi] comenzó á mojarnos. A la 1 ½ llegamos á la hacienda de Monte Blanco, donde invitaron á Su Ilma. á almorzar y descansar, pero no aceptó

---

man la mayor parte del territorio de la nueva diócesis; por consiguiente les convendría más continuar dependiendo de la mitra de Puebla. Dichos habitantes verian con el mayor disgusto que no se cumpliese lo dispuesto en el Breve precedente, y que se pospusiese el bien general de la diócesis al particular de una poblacion excéntrica como la de Orizava. No es facil calcular las consecuencias que de este disgusto resultarían. *¡Quiera Dios que nunca se cometa un error tan grave!*

habiéndose propuesto no detenerse en ningun lugar, sino llegar al que habia fijado para tomar el alimento; continuamos nuestro camino hasta las 2 que entramos al pueblecito llamado *Chocaman*; no pudimos seguir y nos detuvimos á tomar alguna cosa, mientras el Sr. Obispo con el subprefecto continuaron adelante. Eran las 3 ¼ cuando los alcanzamos. Poco despues se nos presentó otro precipicio (la Barranca de Tliapa) que parecia enjbonada, deslizándose á cada momento las bestias, con peligro de tirarnos y caer ellas tambien. La lluvia no habia cesado, esto nos retardaba llegar; por fin entramos al deseado San Juan Coscomatepec, villa á 6 leguas al norte de Orizava. El Sr. Obispo se ocupó en administrar la Confirmacion. Nos alojamos de dos en dos en distintas casas, dándonos un magnífico trato é informándonos del camino que teniamos aun que recorrer, El dia 5 á pesar de las instancias para detenernos, salimos á la 1 ¼ de la tarde hácia el famoso precipicio más temible, la Barranca de Jamapa. En efecto, á pesar de las buenas cualidades de los bestias que llevabamos, apenas pasamos el fondo del precipicio teniendo tener á cada momento un peligro, el Sr. Guerra y yo, nos caimos con todo y caballos que no pudieron resistir más la excesiva inclinacion del



terreno. Sin embargo no tuvimos novedad é hicimos las 5 leguas propuestas, llegamos á un lugar donde se oía el lejano sonido de una campana que nos anunciaba aproximarnos á un pueblo. Al terminar la espantosa ascension, descubrimos una planicie donde está situado San Antonio Huatusco. El alegre tañido del campanario anunciaba la llegada del Pastor. Poco despues un grupo vino á nuestro encuentro, era el Cura, otros eclesiásticos, el prefecto y muchos particulares que se apresuraban á ser los primeros en besar la mano de su nuevo Obispo. Eran las 5 de la tarde y el rocío del cielo nos mojaba. Las calles estaban engalanadas, formaban valla la guarnicion frances : los cohetes, las cámaras, los repiques, las flores, en fin dabaa testimonio de la mas pura alegría de un pueblo cristiano al recibir á su prelado, éste extendia la mano para colmarle de bendiciones; al llegar á la iglesia Su Ilma. se apeó, entró bajo palio y entonó el *Te Deum*; concluido, dió la solemne bendicion á sus festivos diócesanos. Nos alojamos todos en el curato, por cierto bastante reducido. Al dia siguiente Su Ilma. determinó la separacion del Sr. Mora de nuestra compañía para que se adelantára hácia Jalapa á desempeñar su comision apostólica. Entónces se presentaba el terrible obs-

táculo del paso al famoso rio. Para evitar el punto más peligroso, era preciso desviarse rumbo á Veracruz y hacer un rodeo de 7 leguas para poder vadear el rio, en donde era ménos difícil. El Sr. Mora partió resuelto á hacer ese rodeo, le acompañaron dos eclesiásticos; sano y salvo llegó á Jalapa y publicó la Bula el dia 9 en la iglesia, hasta entónces, parroquial y despues de la misa mayor.

“Permanecimos en Huatusco acompañando al Ilmo. Sr. Suarez, que con una paciencia verdaderamente apostólica, se ocupó en administrar la confirmacion á centenares y nosotros nos dedicamos á confesar á los adultos que querian recibir este sacramento y el diácono P. Guerra servia á su Ilma. en lo que se le ofrecia en el altar. Así pasamos ocho dias y el número de confirmandos aumentaba, solo 3,500 consiguieron esta gracia. No teniamos un rato de descanso; su Ilma. estuvo á punto de ceder á la fatiga. Predicó los dias 8 y 10.

“Seguimos nuestro derrotero el 12, rumbo á Jalcomulco con intencion de llegar á una hacienda distante seis leguas de Jalapa; á pesar de haber salido en la madrugada era preciso caminar mucho tiempo. Despues de cuatro horas de caldalar, nos rendimos por el cansancio. A las 12



nos encontrabamos en el *Pinillo*, lugar muy pobre, donde solo habia dos ó tres chozas. Almorzamos y vimos tan fatigado al buen señor Obispo, que temeridad nos pareció dejarle continuar adelante y resolvimos pernoctar en tan poético albergue. Traiamos desde Huatusco dos colchones con los que dispusimos nuestro dormitorio, pasamos la tarde gozando de la hermosura del espectáculo de la naturaleza, y rezando nuestro oficio divino, sentados en la yerba, cuando llegó el momento, hicimos nuestra cena campestre y nos recojimos. Caia entónces una fina llovizna, el techo de nuestras chozas comenzaba á enviar sobre sus huéspedes las liberalidades de la lluvia, pues estaba construido con yerbas y se filtrada el agua; esto dió origen á un espectáculo divertido, cada quien, en el rincon que habia creido más á propósito, comenzó á moverse y buscar otro sitio para evitar los desagradables refrescos y llevaba el colchon como en procesion ya de un lado ya de otro, para tenerlo al abrigo del agua. Para sustituir los cantos procesionales, teniamos los ronquidos de los que se habian dormido y que recibian el bautismo que les daba el techo; en fin nos resignamos á nuestra suerte, por amor de Aquel, que por nosotros quiso nacer en un pesebre y pasamos la noche como se pueda

considerar. En la puerta de nuestra habitacion se quedaron los pobrecitos soldados, que venian escoltando á su Ilma. desde Huatusco.

“En fin, amaneció, era el 13 de Setiembre. A las seis de la mañana un frio glacial nos penetraba hasta la médula de los huesos. Despues de un ligero desayuno, continuamos nuestra caminata. Al medio dia hallamos el famoso rio de Jalcomulco que nos detenia el paso, que corre en la sima de una barranca, llegados al borde que debiamos pasar, oimos un ruido sordo; la vista era pintoresca, comenzamos á descender, un sol ardiente nos quemaba por lo que apeteciamos una sombra; á nuestros piés veiamos correr tranquilamente las aguas del citado rio, su vista nos despertaba el deseo que ellas mitigasen nuestra sed; hasta las dos de la tarde lo logramos.

“Preparamos nuestra navegacion, en el lado opuesto al rio habia una multitud de gente que nos esperaba y para manifestarnos su contento nos saludaba con cohetes. La balsa que estaba dispuesta á recibirnos, se habia construido con algunos trozos de madera cruzados para flotar en el agua, semejante construccion no puede servir sino á dos ó tres personas, para no hundirse. En sus extremos tenia unas cuerda



para fijar el movimiento y aseguradas por uno y otro lado del río, para impedir que la corriente de las aguas se la llevase. La balsa que debía pasarnos, estaba adornada con flores y listones. Nos dividimos de tres en tres. El Sr. Suarez D. Ignacio, el P. Learreta y el hermano Reyes, pasaron primero; en el otro viaje pasamos el Ilmo. Sr. Obispo, el P. Guerra y yo. Dejamos la caravana que nos seguía, pasando el equipaje y los caballos, mientras entramos al pueblecillo de Jalcomulco en medio de las demostraciones del amor inocente y sencillo que aquellos buenos indios hacían á su primer pastor. Almorzamos en casa del Sr. cura y después continuamos nuestro camino. Ya desde este lugar su Ilma. no volvió á montar á caballo porque, de la rica hacienda á donde debíamos pernoctar, le enviaron una litera en la que entró y yo en su compañía. Pudimos acelerar el paso, y apenas á las cinco y media de la tarde, logramos subir el otro lado de la barranca donde encontramos á muchos que venían á nuestro encuentro con banderolas y después las escoltas. El gozo de la multitud era inmenso. Ya era de noche cuando entramos á la hacienda de Tuzamapan de una familia muy rica y sobre todo religioso, que se esmeró en obsequiar magníficamente á su Ilma., y á la que

también debemos eterna y profunda gratitud y parte en nuestras oraciones, ya por la estimación que ha manifestado al Ilmo. Sr. Suarez, ya por el afecto que ha profesado y profesa á nuestro instituto, quiero hablar de la excelente y bajo todos títulos apreciable familia Gorozpe y Zulueta. Cuando llegamos á las puertas de la hacienda, una armoniosa música se dejó oír, el patio estaba regado con flores y cubierto con arcos, los señores y señoras de esa buena familia, tenían gruesos cirios para alumbrarnos y se apresuraron á doblar la rodilla para besar el anillo de su santo Obispo y conducirlo al interior de la casa. Al día siguiente, 14 de Setiembre, después que su Ilma. celebró el santo sacrificio, administró la confirmación á los habitantes de la finca, que serían como trescientos. Con tan digna y recomendable familia tuvimos el honor de estar el 14 y 15 recibiendo á cada instante señales de la más esquisita y gran consideración.

“El 16 nos dirigimos hácia San Gerónimo Coatepec, villa muy bonita situada, á 2 leguas de Jalapa. Una infinidad de personas nos acompañaban, además de la escolta de ordenanza mandada por el general Galvez, iba el Sr. Cervantes Ozta, Conde de Santiago y su hijo. Al medio



dia llegamos al citado lugar; las calles estaban magníficamente engalanadas, el pabellon nacional flotaba en todas partes, porque tambien se celebraba el aniversario de la Independencia de México; la multitud de los habitantes llenaba las calles y la guarnicion formaba la valla. Llegamos á la iglesia parroquial, donde se entonó el *Te Deum* y Su Ilma dió la bendicion pontifical. Nos dirigimos despues á nuestros alojamientos, donde fueron las felicitaciones que, por medio de una comision de su seno, presentó el ayuntamiento de Jalapa á su dignísimo prelado. El día 17 á instancias del Sr. D. Joaquin Bonilla, nos dirigimos á su hacienda de Zimpizahua donde descansó Su Ilma. Despues volvimos á Coatepec, donde hay tres hermosas iglesias, dos de ellas construidas por el zelo de su digno y virtuoso párroco el Sr. D. Mateo Rebolledo. En la del Sagrado Corazon de Jesus el Sr. Obispo administró la confirmacion."

El Sr. Rebolledo salió de Coatepec el día diez y siete para tomar posesion del Obispado en la Catedral de Jalapa, en nombre del Ilustrísimo señor Suarez, segun las ceremonias del rito.

"En fin llegó el 18. La mañana era hermosa, el cielo estaba despejado y sereno, este memora

ble día era el fijado para que el Ilmo. Sr. Suarez entrara á la capital de su diócesis. Todo estaba listo, la muchedumbre que nos seguia, era respetable; á las 9 de la mañana salimos de Coatepec, apénas habiamos andado una legua, vimos á lo léjos, saliéndo entre el bosque, tres elegantes caballeros que parecian militares era el general Galvez con sus ayudantes que venian á encontrar al Sr. Obispo; al acercarse se apaeron, levantaron la cortina de la litera, saludaron cortesmente á Su Ilma. y respetuosamente le besaron el anillo. Prosiguiendo nuestro camino, encontramos á cada instante personas que corrian al encuentro de su virtuoso pastor. Todo el camino está entre un hermosísimo bosque, lleno de *liquidámbares* y tan pintoresca vista hacia elevar el corazon hácia el Autor de la naturaleza. Al salir del bosque, descubrimos á Jalapa; sus edificios los veiamos adornados; eran las once cuando pasamos por la garita, corria el pueblo en masa, lleno de un entusiasmo santo."

Interrumpo la carta del P. Recolons ya para hacer notar, que el Sr. Suarez llegó sin novedad, fiando, como siempre lo hizo, en Dios y en el cumplimiento de sus deberes, despreciando esas dificultades que suscita el enemigo malo, por medio de ciertas personas meticulosas, que con pre-



texto de prudencia humana, impiden hacer lo que se debe ya para seguir con la descripción que hace de la entrada, el malogrado profesor de Medicina y Cirujía Dr. Huidobro, en su Corona fúnebre.

“El 18 de Setiembre de 1864, nuestro Jalapa, esta hermosa población que recostada sobre el verde tapete del Macuiltepec, parece adormecida con el dulce murmurio de las hojas de sus bosques, se despertó alegre y bulliciosa ostentando las galas de sus días de fiesta. Muy temprano todos los vecinos adornaban los balcones y ventanas de sus casas con elegantes colgaduras, se levantaban arcos triunfales, se recogían las más esquisitas flores de nuestros jardines; diríase que esperaba á un afortunado héroe, que arrancando un laurel á la victoria, se presentaba á ofrecerlo á los piés de la ciudad hermosa del Nuevo Mundo.

“¿Quién era el gran capitán que se esperaba? ¿Dónde estaban escritos sus grandes hechos por el burril de la historia? El primer pontífice veracruzano, el humilde pastor de la diócesis, llamaba á las puertas de esta ciudad, y ella, con el corazón lleno de alegría, con las lágrimas en los ojos, extendía sus manos para dejar caer á los piés del Sr. Obispo las flores más preciosas de

sus jardines, y se postraba humilde y reverentl para recibir la primera bendición de su preladoe . . . . . “Nosotros estábamos acostumbrados á esas alegrías *de orden suprema*, á ése entusiasmo forjado en las fraguas de las prefecturas, á ese júbilo que nos manda tener el gendarme, enseñándonos las boletas de multa ó el camino de destierro, por no haber sabido alegrarnos ó por no haber podido ó querido colgar un lienzo en los balcones ó ventanas de nuestras casas.

“A la entrada del Sr. Obispo todo fué espontáneo, no hubo órdenes previas ni comisión de adornos, y sin embargo, hasta las modestas casas de las orillas de la ciudad estaban engalanadas; multitud de hermosos arcos se levantaron desde la iglesia de San José hasta la morada del Sr. Obispo; era grandioso el golpe de vista que presentaban las calles de San José; nuestras tres elegantes calles principales, las de Belem y Nacional, en donde está situada la casa, que graciosamente puso á disposición del ilustre Obispo nuestro antiguo amigo el Sr. Lic. D. José María Gorozpe, quien ha heredado la piedad de sus mayores.

Desde las nueve de la mañana del día 18, el ayuntamiento, presidido por el señor subprefecto de aquella época, los empleados y multitud de



particulares, esperaban en el átrio y en la iglesia de San José la llegada del Sr. Obispo. Allí se veían representados todos los colores políticos, desde el imperialista que en esos tiempos gozaba con sus triunfos y veía por todas partes un horizonte color de rosa, hasta el republicano que veía en lontananza el astro que más tarde brillaría en los días de su gloria. Todos, liberales y conservadores se habían apresurado á rendir el primer homenaje de respeto al primer pontífice, que venía precedido de las noticias de una reputación, acrisolada y limpia.

“La campana mayor de la nueva Catedral anunció que el señor Obispo había llegado á la garita de Coatepec, desde donde pasó, por las calles de la orilla de la ciudad, hasta la iglesia de San José; allí revestido de pontifical y después de haber hecho las preces señaladas, hizo su solemne entrada por las principales calles de nuestra ciudad, acompañado del clero, (1) y de un numeroso pueblo; todos los balcones elegante-

[1] Ayuntamiento, Estado mayor de la brigada Liceaga. El 5.º y 6.º de línea formaban la valla.—Carta del P. Recolons.

mente adornados, ostentaban á nuestras paisanas que arrojaban al paso del Sr. Obispo flores y papeles de colores, que contenían composiciones poéticas impresas y escritas la mayor parte por nuestra poetisa la Srita. Cármen Cortés. El Ilmo. Sr. Suarez, comovido hasta derramar lágrimas, correspondía á esa prueba de veneración y de afecto, extendiendo su mano para dar la bendición á su nueva grey.

“Nosotros recordamos que un amigo nuestro liberal bien conocido, nos decía, señalándonos la multitud que llenaba la plaza de Armas: “pocas ocasiones por motivos políticos hemos visto una concurrencia más numerosa,” y así era en efecto, hemos visto el triunfo de las ideas que más pueden ahogar á los pueblos, se ha circulado un pomposo programa con anticipación, nuestros mejores oradores han sido señalados para ocupar la tribuna popular, y nunca hemos visto la concurrencia de ese día; y no se nos diga que era la novedad; no, nosotros hemos presenciado la entrada de renombrados batalladores conduciendo sus columnas triunfantes, hemos visto la llegada de altos personajes que eran una verdadera novedad, y jamás á nuestra edad hemos visto una reunión tan considerable.